

Enseñanza Secundaria

Mi opinión

Tanto se ha escrito y dicho al respecto, tantos conceptos se han emitido relacionados con este asunto, que se está enredando demasiado, pues en esto como en todo, las ideas se van juntando y hacen una horrible confusión.

Pero, aparte de prejuicios y simpatías personales, dilucidemos: innegable es la benéfica influencia que la primera enseñanza ejerce en el individuo. La escuela primaria muestra cuál es el rumbo de las tendencias del niño y los cimientos de los conocimientos que adquirirá en la vida.

Siembra en su tierno corazón la simiente del bien en todas las manifestaciones, é inicia como fulgores matutinos—sus aspiraciones, sus tendencias. En atención á eso, el gobierno instituyó que la enseñanza primaria será gratuita y obligatoria.

Para que nuestra juventud fácilmente adquiera la cultura que todo espíritu ansía, para que funda en su alma las tinieblas de la ignorancia, para que esos niños que miran sólo sombras gocen de la luz de la instrucción, para que en las luchas de la vida tenga un arma poderosa de combate, el Gobierno costarricense ha estimado conveniente é indispensable que la enseñanza primaria sea gratuita y obligatoria. Y así no habrá pobres que no puedan ir á las escuelas á refrescar su inteligencia en las bellas realidades científicas. No habrá ricos que desde los bancos de la escuela se rían—con la risa aristocrática—de los pobres mal vestidos que pasan por la calle por no poder ir á oír las lecciones de un afectuoso maestro.

La escuela forma diariamente individuos que lanzan en todas direcciones á la actividad humana. Ahora bien: los obreros, los que forman el pueblo fuerte y maltratado, los que llevan en sus músculos la fuerza regeneradora de la humanidad, esos tienen suficiente con los conocimientos de la enseñanza primaria. Esos pobres que echan en olvido el libro y guardaron la tinta para empuñar la navaja del barbero, la cuchara del albañil, la garlopa del carpintero, tienen bastante con los conocimientos de la escuela.

Para hacer sus cuentas sencillas y escribir sus cartas esos principios les bastan y les sobran. Pero hay que ser deberas insensato por natural ó de propósito para no comprender que hay tantos corazones y tantos cerebros como individuos haya. Como algunos sienten predilección por los trabajos manuales, hay otros que se sienten inclinados á pensar, á laborar con el cerebro, á investigar la ciencia. Y si es que hemos pregonado sentimientos libertarios y hemos hablado de respeto á las tendencias naturales, seremos nosotros los que abogemos por la supresión de un centro de instrucción que despierta sentimientos y aviva muchas energías? Seremos tan torpes para creer que todos nacieron para ser obreros, que no hay instintos naturales que lo impulsan á seguir otra ruta? Nó. Comprendamos que en el organismo social se necesita toda clase de actividades y en Costa Rica, cuando no sea el gobierno el que mantiene esa educación y ese colegio que la defiende, no existirá, porque, por más que se diga y se pregone, los padres de familia nunca podrán sostener un colegio que colme sus anhelos. Pero supongamos por un momento que unos señores ricos fundan un colegio. Para sostenerse, necesita cobrar un derecho de matrícula muy alto, y ahí la clave del asunto.

En un país democrático, ya que nos

preciamos de serlo, las clases sociales deslindadas. A ese colegio irían sólo los ricos que son entre nosotros—con raras excepciones—los más torpes, ó, por lo menos, los que menos se esfuerzan, los que menos se aplican porque los alucina á todas horas el ruido de las monedas que sus padres tienen y que ellos esperan. Y entonces se excluirán del diario concurso, del combate escolar, á los pobres,—á los que lloran sin ser oídos—se privan de la instrucción—que bien encaminada regenera—á la humanidad humilde. Y todos vosotros los sabéis. Los talentos, las inteligencias que han dado lustre á este bello fragmento americano, los que han creado y hecho valer sus instituciones, los que le han legado un nombre y una gloria y los que se esfuerzan por hacerla valer; bien sabéis que los corazones más grandes, las voluntades más férreas y los talentos más fuertes han brotado de entre la plebe, de la humanidad pobre. No quiero citar nombres, las citas me chocan, vosotros conocéis esos nombres que prueban mi concepto.

Las frases de un señor Chaverri Matamoros, que publica algo á este respecto en el número pasado de esta tribuna, me parecen el ser fiel de las doctrinas jesuíticas que le inspiraron en el Seminario, creo que ellas son el fruto de las lecciones que aprendió de los santos padres y su conducta me parece dudosa. Los jesuitas fingen militar en unas filas para meter el desorden y disociar, así lo juzgo, casi creo que él es un instrumento de ellos.

Si se ha pensado en la supresión de la segunda enseñanza por obstaculizar un tanto la gran corriente de colegiales, me parece lógico. Yo creo que muchos de los que frecuentan las aulas del colegio estarían mejor arando los terrenos, manejando los barcos ó en los talleres. Están allí por voluntad de sus padres que sin consultar sus inclinaciones les envían porque hay dinero para pagar, para satisfacer los gastos, pero no porque esos colegiales se sientan inclinados á esos estudios. Cada uno de nosotros es un mundo, encierra muchos misterios: tantos mundos como seres. Entonces estúdiense las tendencias de cada uno y si tiene más predilección por guiar á los carretones, déjesele ahí que ese es su puesto y que alguno debía desempeñar esa ocupación aunque sea un rico, un capitalista, pero por piedad, por humanidad, no se estorbe que una inteligencia se desarrolle porque no haya quien la conduzca. Que vayan á cursar la segunda enseñanza solo los que verdaderamente merecen desarrollo de sus aptitudes, solo los que sienten el culto del estudio, los que en la primer enseñanza probaron esfuerzo y talento, pero que para estos haya segunda enseñanza sin que sus anhelos se estrellen en la roca de un desengaño; que nunca se arrepentirá ni el estado ni la humanidad, de haber ayudado y protegido el engrandecimiento de los que tienen derecho de anhelar.

Que la segunda enseñanza demanda crecidos gastos? Economícense lo que se pueda, déjese en lo menos posible la partida destinada á esa enseñanza, pero no se suprima. Y después: no creo que compense la economía de unos miles de colones, el sueño, la muerte—mejor dicho—de muchas inteligencias que son promesa, que son esperanza.

En estos momentos de vida nueva ese acto sería un acto de salvajismo en la región de la luz, sería un paso hacia el abismo.

Y quien me quitará la creencia de que suprimidos los colegios que el gobierno protege—serán los establecimientos católicos los que recibirán esa multitud de juventudes que llevan

vigor y que allí se transformará en enervamiento, luces que se trocarán en sombras?

Por dicha hay en el poder quien nos comprende y nos ayuda.

Dejo para otra ocasión algunos otros puntos

San José, mayo, 1910

J. Albertazzi Avendaño

Campo Literario

DEL SENDERO

Criticas Sociales

RAÚL SALAZAR ALVAREZ

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO



PATRIA



Para Gonzalo Sánchez Bonilla, fraternalmente

I

Apenas los cinco campanazos sonaban en la torre de la vecina iglesia, y los ecos se iban lentamente... lentamente entre el silencio de la madrugada, como portadores á veces de amargura... á veces de esperanza. Silvio estaba en pie porque á las seis, cuando el eterno enemigo de las sombras se elevaba sobre las brumosas montañas, él iba alegre, risueño, refrescando siempre los anhelos de su alma con la frescura de un porvenir que imaginaba, cuyos límites se perdían entre las brumosidades de sus dudas y sus presentimientos.

El taller estaba lejos de su casa y de no llegar á la hora fijada perdería su empleo. Por eso se levantaba tan temprano y porque los que llevan sobre sus espaldas la carga de un deber sagrado y tienen que ganar su sustento, no pueden esperar que el Sol de la mañana se levante antes que ellos.

En el trayecto entre su casa y el taller iba siempre pensando en muchas cosas... y su corazón tomaba más fuerza satisfecho porque á su familia nunca le había faltado lo necesario.

Y es que el trabajo tiene goces, alegrías tan íntimas, que sólo estando bajo su poderoso influjo se pueden experimentar.

II

Era la tarde... El sol agonizaba, hecho fulgores, tras las cumbres... y las aves presurosas—cual marcando en rauda vuelo el camino incierto y vago de fatídica ilusión—iban en busca de su morada. Silvio llegaba á esa hora también. Desde el alba hasta la noche había trabajado y volvía con sus mismas esperanzas, con sus mismas ilusiones.

Su madre le recibía cariñosa, ese cariño que solo poseen las madres, porque solo ellas, también, han sufrido intensamente, y allí, entre las negruras del dolor es donde nace muy á menudo la bella luz de una pasión.

Años hacía que su padre había muerto, pero por dicha le había dejado un buen capital, uno de esos capitales que no se malgastan ni se venden, ni se hipotecan: un oficio.

Y su madre le decía á menudo: qué sería de nosotros si tú nos faltaras? Oh que venga mejor la muerte sobre mí que ya no os hago mucha falta, antes que sobre tí que tienes un nombre hecho y un porvenir que harás y que ya te sonríe, que le haces falta á tu hermanita sin fuerzas y sin educación.

Sin tí la miseria se nos acercaría y nos traería su frío y su tristeza.

Peró—madre—no pienses en eso, eso nunca sucederá; el taller siempre nos dará lo necesario para una vida más ó menos llevadera.

Y la luz de una clara esperanza inundaba conciencias y almas!

III

De noche... Una noche tenebrosa, oscura, como las noches sin estrellas que en el alma dejan la muerte de los ideales; como las noches negras que los desengaños forman, en las cuales nuestro ánimo y anhelos vagan errantes sin encontrar la ruta. Una noche... Llegaron á decir á Silvio que esta-

ban llevando gente á los cuarteles y que esas tropas saldrían para la frontera á combatir contra los ejércitos de otro país que quería apoderarse de un pedazo de nuestra patria. Y esa noticia le llegó como buho de las tinieblas en vientos de fatalidad y de infortunio.

Si supiera la falta que hago á mi familia necesitada, se decía Silvio, no me llevarían á la guerra, pero es que la ley es inflexible, dura, cuando juzga á los humildes, á los que ganamos lo que gastamos, y de hule flexible, convencional cuando se trata de los aristocráticos, de los que usan levita.

La misma escena en todas partes: la ley fuerte en los débiles y débil en los fuertes.

IV

Los cinco campanazos de la vecina iglesia encontraron á Silvio aún en cama... otros días, á esa misma hora ya estaba en pie. Pensando en su viaje, en su familia que quedaría desamparada, en su amado taller que talvez no vería jamás, su madre sin el hijo... su hermana, sin el hermano, habíale desvelado y hasta en la madrugada no había podido conciliar el sueño.

Si pudiera huír lejos... si lograra que no lo llevaran al cuartel!

Huír, buscar otras playas de tranquilidad donde no haya guerras, pero, adonde? y su familia? Momentos supremos en que todo vaga en la noche de la duda!

Silvio nada quería contar á su madre. Bien comprendía que podía ella darle algún consuelo, pero sería un consuelo nacido de la angustia que esa noticia le produciría, una sombra que la madre transformara en luz con el poder de su cariño inacabable, una luz que alumbrara el camino que él había nublado con sus presentimientos. Y prefirió guardar su dolor, ocultándolo hondo, muy hondamente por no enlutar otra alma, y partió para el taller.

V

Peró ya aquel trayecto de su casa al taller le pareció tan feo. ¿Con qué derecho, se decía, hay seres que pueden nublar un porvenir? ¿Con cual derecho me arrancan del taller que produce sustento á mi familia? ¿Qué van á apoderarse de un pedazo de la patria? Pero si yo no tengo patria, tengo sólo el cariño de mi madre y de mi hermana. Que vayan á combatir aquellos que están cegados por egoístas localismos, los que creen en patrias. ¿Qué importa que la frontera esté aquí ó esté allá? El campo de acción es siempre lo mismo. El mundo no se altera por las mezquinas divisiones de los hombres, es eso tan absurdo como si con una caña hiciéramos honduras en el mar y anheláramos que no se borrarán.

Las mariposas y las aves vuelan por donde quieren y nunca ha habido alguien que les diga: alto ahí, esta no es vuestra patria. Dichosos los que no combaten por fronteras.

Abismado en este mar de pensamientos—lúgubres como el viento de las tumbas—no se apercebía hasta